

LA AUDACIA DE LA RAZÓN Y LA PARRESÍA DE LA FE. LA RACIONALIDAD VERSUS EL RACIONALISMO

P. ABELARDO BAZÓ CANELÓN*

ABSTRACT:

The audacity of reason and the parrhesia of faith are two expressions used by John Paul II in his encyclical Fides et Ratio. These two expressions imply one another, because the intensity of one favors the other. The audacity of reason, coupled with parrhesia or "confidence" of faith, is situated at the antipodes of rationalism, which aims to give an absolute character to human reason, in detriment of other aspects essentials to human person, thereby becomes a reductionism. The alternative to rationalism is rationality, an approach that recognizes the value of reason, but not absolutizes it. It is a rationality that is not opposed to faith, but it raises her convenience. This rationality, allow us to think opened to Being infinite and transcendent, to God absolutely dynamic.

KEY WORDS: faith, reason, parrhesia, rationalism, rationality

Comenzaremos con una breve explicación del título de esta lección. Corresponde en primer lugar a una expresión que empleó el beato Juan Pablo II en su encíclica *Fides et Ratio*, donde afirma que hay una relación armónica entre fe y razón, siempre que cada una se coloque en el lugar que le corresponde: "A la parresía de la fe debe corresponder la audacia de la razón"¹. Comencemos por definir *parresía*. Es una palabra griega que tiene varias acepciones: libertad de lenguaje, franqueza, sinceridad, confianza. Juan Pablo II entiende la *parresía* de la fe como la libertad con que se manifiesta, así como a la franqueza con que se presenta. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define

* El P. Abelardo Bazó Canelón es Licenciado en Filosofía. Universidad Santa Rosa de Lima, Caracas (1997), Licenciado en Educación, UCAB, Caracas (2010), Licenciado en Filosofía (eclesiástica) Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma (2001). Doctor en Filosofía. Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma (2003), Doctor en Historia, UCAB (2011), Actualmente se desempeña como Profesor Asociado de Ética y de Metafísica en la UCAB. Director de Estudios del Seminario San Pedro Apóstol de La Guaira.

1 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 48.

parresía como: “Figura que consiste en aparentar que se habla audaz y libremente al decir cosas, ofensivas al parecer, y en realidad gratas o halagüeñas para aquel a quien se le dicen”². La parresía es pues un tipo de audacia, un modo de hablar audazmente, con gran sinceridad pero con cariño. De modo a veces aparentemente ofensivo pero inexplicablemente grato. Según la expresión de Juan Pablo II, la parresía es el recurso que ha querido emplear Dios para revelarnos sus planes, y su vida íntima.

Pero para que esta parresía cumpla su cometido, la razón debe atreverse a conocer, pues además está hecha para eso. La tendencia más natural del hombre es la del conocimiento. Ya lo decía Aristóteles al inicio del libro Alfa de la Metafísica: “Todos los hombres por naturaleza desean saber”³. La razón, aún cuando tiene sus limitaciones, debe ser audaz cuando al conocimiento de lo divino se refiere. Sólo una razón audaz puede llegar más lejos de lo que está a simple vista. Sólo una razón osada puede trascender a la física, y hacer metafísica. Una razón así nos hace ser racionales. Pero no es lo mismo ser racional que ser racionalista. Veremos por qué.

El racionalismo es un reduccionismo, que lo reduce y reconduce todo a la razón humana. Recordemos que los reduccionismos consisten en reducir la realidad a un aspecto de ella. El beato Juan Pablo II denuncia en los reduccionismos una cierta “soberbia filosófica”, “que pretende erigir la propia perspectiva incompleta en lectura universal”⁴.

Es verdad que, como postula el racionalismo, la razón es un ámbito central en la realidad, pero constituye un grave error reducir ésta a razón, pues ello llevaría a privarla de su multiforme riqueza. El racionalismo surgió con la Filosofía del *cogito* inaugurada con Descartes, que llegó a poner a la razón, al pensamiento, por encima de la existencia y de la realidad. El planteamiento racionalista al final terminó reduciendo la realidad a la razón, o a lo que la razón pudiera saber o entender de ella.

El problema del planteamiento cartesiano *cogito, ergo sum*, es que comporta una inversión en el modo de hacer filosofía, de modo que el *cogito* (más bien el *cognosco*) comenzó a estar subordinado al *esse*⁵. Así entró en crisis la filosofía del ser, y se invirtieron los términos. Ya Dios, el *Ipsum esse*, el *Ens*

2 http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=parresia

3 Aristóteles, *Metafísica*, I, 1.

4 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 4.

5 Juan Pablo II, *Memoria e Identidad*, Planeta, Madrid, 2005, p. 20.

subsistens, no era considerado el fundamento indispensable de todo ente. Lo indispensable era ahora el *cogito*, lo primordial era el ente pensante. Así, después de Descartes, la filosofía se convirtió en la ciencia del puro pensamiento: todo el ser (mundo creado y Creador) “permanece en el campo del *cogito*, como contenido de la conciencia humana. La filosofía se ocupa de los seres en la medida en que son contenidos de la conciencia y no en cuanto existentes fuera de ella”⁶. Esto tuvo consecuencias también en el campo de la teología, pues en la lógica del *cogito, ergo sum*, Dios quedaba reducido a un contenido de la conciencia humana, ya no se le podía considerar como la razón última del *sum* humano⁷. Por ende, apunta el papa, “no se le podía mantener como el *Ens subsistens*, el ‘Ser autosuficiente’, como el Creador, Quien da la existencia (...). El Dios de la revelación dejaba de existir como el ‘Dios de los filósofos’. Quedaba únicamente la idea de Dios, como tema de una libre elaboración del pensamiento humano”⁸. Recordemos que uno de los principios de la duda metódica consiste en dudar de la existencia de todo, incluso de Dios. De modo que Dios comienza a pensarse a partir de la “única verdad” de la que no puede dudar: de que dudo, y por tanto, de que pienso. Así, el pensamiento, la razón humana, se convierte en el fundamento de toda la realidad.

También los racionalismos post cartesianos, que quisieron comprender la realidad de tal modo, terminaron pensando que la realidad era sólo lo que conocían, según aquel famoso principio del empirista inglés George Berkeley: *esse est percipi*: “el ser es lo percibido”⁹, lo que significa que el ser se identifica con lo que yo percibo, con lo que yo conozco, y fuera de ello no hay nada más. Según el planteamiento de Berkeley, lo que la razón humana no conoce, no existe, llegando a decir que “todas las cosas son entes de razón, es decir, sólo tienen ser en el entendimiento”¹⁰.

No son una excepción los racionalismos más “suaves” de Leibniz o Malebranche, ni que decir que el de Spinoza, que terminó reduciendo lo divino a la naturaleza cósmica, llegando a decir que Dios y la naturaleza son la misma cosa

6 *Ibid.*, p. 21.

7 Cfr. *ibid.*, p. 22-23.

8 *Ibid.*, p. 23.

9 Cfr. G. Berkeley, *Tratado sobre los principios del conocimiento humana*, intr., vol. II, edición de A. A. Luce – T. E. Jessop, *The Works of George Berkeley, Bishop of Cloyne*, Londres y Edinburgo, 1948-1956.

10 G. Berkeley, *Comentarios Filosóficos*, n. 474, vol I, p. 59.

(*Deus sive Substantia sive Natura*¹¹). Mientras que Leibniz quiso abrazar toda la realidad con la razón proponiendo el principio de razón suficiente, según la cual todo lo que acontece en la realidad tiene una razón lógica y no se concibe sin la razón, Spinoza fue más radical y pretendió englobar a Dios dentro de la razón humana, concibiendo a un Dios inmanente al mundo¹², y acabando en el más básico y rudo panteísmo.

Contra estos racionalismos reaccionó Blas Pascal, que llegó a formular aquella frase famosa que se situaba en las antípodas del racionalismo: “el corazón tiene sus razones que la razón no entiende”¹³, con la cual afirmaba que había realidades que escapaban a la comprensión de la razón humana, y que para atisbarlas se debía emplear el corazón, que daría, con todo derecho, sus razones.

El problema más grande de los racionalismos es que han terminado siendo irracionales, han culminado claudicando de la racionalidad y negando los principios más fundamentales de la razón lógica. Así aconteció con el empirismo escéptico de Hume que llegó a negar el principio de causalidad, o el idealismo de Hegel que cuestionó el principio de no-contradicción. Estas posturas racionalistas más radicales produjeron como contrapartida la reacción de los vitalistas, y más en concreto de Friedrich Nietzsche, cuyo nihilismo fue bautizado, debido a sus mismos planteamientos, con el nombre de *irracionalismo*.

Quizás el que llevó más lejos el racionalismo fue Hegel, que pretendió abarcar la toda realidad con lo que él llamó la idea, convirtiéndose en el más paradigmático representante del idealismo. La idea de Hegel, una forma específica del logos, de la razón, llega a alcanzar cotas insospechadas, hasta el punto que se acaba colocando por encima de cualquier otra cosa. La realidad sería entonces sólo pensamiento, y se identificaría con el pensamiento. Así llega Hegel a poner a la Filosofía por encima de la fe y de la teología, al conocimiento racional por encima de todo otro conocimiento, incluso del que nos viene por la fe y la revelación. Al sostener, retomando a Spinoza, que el orden y la conexión de las ideas se identifica con el orden y la conexión de las cosas, llegó a identificar las ideas con la realidad, de manera que ésta estaría perfectamente delimitada y abarcada por la idea. Y no es extraño que haya llegado a la conclusión de que todo lo real

11 Cfr. B. Spinoza, *Ética*, IV, prefacio: “ese Ente eterno e infinito que llamamos Dios o Naturaleza obra con la misma necesidad con la que existe”.

12 Cfr. B. Spinoza, *Ética*, I, prop. 18: “Dios es causa inmanente, pero no transitiva, de todas las cosas”.

13 B. Pascal, *Pensamientos*, n. 227.

es racional, y todo lo racional real, pues su racionalismo idealista le llevó a eliminar toda sombra de distinción entre lo real y lo racional. Y esta postura termina claudicando de la racionalidad, porque reduce todo a razón, lo cual es, aunque parezca paradójico, irracional.

También hay que recordar que los racionalismos del siglo XVII degeneraron en el deísmo ilustrado del iluminismo francés del siglo XVIII, según el cual Dios es tan sólo el gran arquitecto o el gran relojero, un ser impersonal que no se involucra con el mundo, sino que tan sólo lo diseña, lo construye, y lo deja funcionar a su suerte. Contra esta concepción reductiva de la divinidad se alza la idea del Dios trascendente y personal, que crea el mundo, pero no lo abandona a su suerte, sino que lo guía y dirige con su amorosa Providencia. Es el Dios revelado por Cristo, que sí se involucra con el mundo, que se hace hombre y que eleva a la persona y la hace participar de su propia vida divina a través de la gracia. Es el Dios tan poderoso que hace concurrir todos los acontecimientos hacia el bien de los que le aman.

Por su parte, los racionalismos ilustrados, al poner a la razón humana en la cúspide de toda la realidad, terminaron provocando que sus seguidores deslumbrados más irracionales erigieran altares a la diosa razón, destronando para ello al Dios verdadero, para poner en su lugar a una razón divinizada. Una razón que acabó convirtiéndose en ciencia, y que dio lugar al positivismo de Comte, que terminó siendo, más que ideología, religión. Así es como los racionalismos han degenerado en la irracionalidad más campante.

Por su parte, la historia de las ideas nos enseña que la razón natural muchas veces ha errado en la comprensión de la realidad. Quizás esto se vea más claro en la historia de la ciencia, que podría ser definida como la historia de los errores en la comprensión de la naturaleza y del mundo. La misma teoría de los paradigmas de Thomas Kuhn, que plantea que la ciencia se va desarrollando fabricando paradigmas, que luego son desechados totalmente para asumir un nuevo paradigma, son una muestra del camino errático que recorren las ciencias experimentales a lo largo de la historia¹⁴. Pero queda más claro aún con el falibilismo de Karl Popper, que sostiene que para poder dar a una teoría el rango de "científica"¹⁵, esta debe dejar una puerta abierta a la falsabilidad: ésta debería poder ser demostrada falsa, y si no es falsable, entonces tampoco es científica. Una

14 Cfr. Th. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Madrid, 1975.

15 K. Popper, *La Lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1985; *Id.*, *Ensayos de filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1970.

razón así es muy poco de fiar, y pensar que ella lo puede abarcar y comprender todo, no parece del todo racional.

Y precisamente la alternativa al racionalismo es la racionalidad. Tenemos una razón natural que puede, con audacia, abarcar muchos campos y llegar a tener una comprensión muy honda de la realidad, pero ella misma no es ni puede ser omniabarcante. Por ello lo más racional es aceptar que hay cosas que sobrepasan la razón humana, y por ello lo más racional es dar cabida a la fe. La fe no es superstición insensata, sino que se cree porque hay razones para ello, aunque los contenidos de la fe no se puedan comprender totalmente.

Así pues, la fe que va enlazada con la razón natural no es una creencia irracional, como sostienen algunos filósofos que dependen del protestantismo, que como buenos protestantes han establecido una brecha insalvable entre fe y razón. Para ellos, como sostuvo Søren Kierkegaard, la fe es “creer en el absurdo”, un salto al vacío que claudica absolutamente de la razón. Contra esta postura, debemos decir que la fe cristiana no es absurda, es superrracional. Sobrepasa la razón, pero no la elimina. Ya los teólogos medievales se habían hecho eco de aquel famoso axioma que reza: *gratia non tollit naturam, sed perficit eam*: “la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona”. De modo análogo se puede decir que la fe no se opone a la razón, sino que la sobrepasa y la conduce a su plenitud. Por ello no podemos tener miedo a la fe, como si sus postulados debieran necesariamente oponerse a la razón, sino que hemos de verla, y esto es lo más racional, como una luz que permite llegar mucho más lejos que la razón.

Al cristiano no se le pide creer en el absurdo, se le pide creer en algo que nos ha sido revelado por el mismo Dios, y que el hombre nunca podía haber alcanzado con las solas fuerzas de su razón limitada. La historia de las religiones, que deja ver la diversidad de concepciones acerca de la divinidad, muchas veces incompatibles unas con otras, nos enseña que es muy fácil errar en la idea de Dios. Por ello es más razonable creer en un Dios que, encarnándose, nos ha revelado su mismo ser divino, acompañando esa revelación con signos sobrenaturales que ningún hombre ha realizado ni podrá nunca realizar.

Dicen algunos científicos que más del 90% de las cosas que decimos que sabemos, son creencias. Pues bien, el hombre está hecho para creer, para confiar. No podemos tener evidencia de todo lo que decimos conocer, y sería irracional pretender solicitar una evidencia o prueba física de todo lo que nos dicen. En estos casos lo más racional es creer. Sin embargo, vivimos en una cultura que se jacta de su escepticismo, de su derecho a no creer, pero que al mismo tiempo es

capaz de dar crédito a las cosas más absurdas e inverosímiles. Se carece de fe, pero se tienen absurdas supersticiones, y se explica entonces el auge de la astrología, de la hechicería, de la santería, y de una cantidad de creencias irracionales que suelen cautivar a los más ingenuos, y que como contrapartida producen el enriquecimiento de los inescrupulosos, que hacen montones de dinero a costa de la ignorancia ajena. Esta explotación de la ignorancia y de la estupidez sólo es posible cuando nos hemos hundido en la irracionalidad.

Pues bien, la fe revelada nos lleva a creer algo que de ninguna manera hubiéramos podido alcanzar por nosotros mismos, pero que encaja perfectamente con el sentido de la vida, que produce paz y armonía, y que nos lleva a la plenitud como personas y como cristianos. Y esa fe no es superstición, sino que es una fe razonable, y por ello puede ser posible la teología, que no es otra cosa que la reflexión racional acerca de esas verdades reveladas. Sabemos que el depósito de la revelación se cerró, y que ya Dios nos ha dicho todo lo que debía decirnos a través de su Hijo Jesucristo. Sin embargo, la comprensión de ese depósito sigue abierta, y corresponde a los teólogos, usando la recta razón, profundizar en esas verdades para que nuestra comprensión sea cada vez más perfecta, sabiendo que nunca alcanzaremos a comprender perfectamente esas verdades.

La racionalidad a la que quiero referirme, alternativa al racionalismo que hemos descrito antes, es una disposición que debería tener todo filósofo al estudiar la realidad que le circunda, y es precisamente el respeto por la razón, por el modo coherente y honesto de ejercitarla. En este sentido, la encíclica *Fides et Ratio* evoca la expresión griega de *orthos logos*. En efecto, a la razón los griegos añadieron un adjetivo calificativo: la razón, para ser fiel a sí misma, ha de ser *recta*. Esta *rectaratio* (*orthos logos*), se ejercita “cuando la razón logra intuir y formular los principios primeros y universales del ser y sacar correctamente de ellos conclusiones coherentes de orden lógico y deontológico”¹⁶. Se reivindica así el papel positivo de la razón natural, que es capaz de elaborar un sistema de pensamiento abierto a la realidad. El conocimiento de la realidad es posible, precisamente porque lo ejerce un alma racional que es de alguna manera, según la feliz expresión de Aristóteles, *todas las cosas*. De igual manera, *Fides et Ratio* rechaza una razón cerrada sobre sí misma, que no puede trascenderse a ella misma y que por tanto sólo confía en sus propias posibilidades, y no en lo que una razón superior pueda decirle desde afuera. Esta razón cerrada no acepta la realidad plural, alegando que ésta es de algún modo incognoscible, y termina

16 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 4.

aferrándose dogmáticamente a sus propios principios inmanentes, que la hacen una razón curvada sobre sí misma, y en esa misma medida, torcida, que es lo contrario de *recta*.

Fides et Ratio reconoce el mérito de la filosofía moderna, que consiste en “haber concentrado su atención en el hombre”, afirmando además que “se han construido sistemas de pensamiento complejos, que han producido sus frutos en los diversos ámbitos del saber, favoreciendo el desarrollo de la cultura y de la historia”¹⁷. Sin embargo, los resultados positivos alcanzados han sido oscurecidos por un subjetivismo que se centra en el sujeto pensante, y que hace al hombre incapaz de orientarse hacia una verdad que lo trasciende. Juan Pablo II defiende la razón abierta a la realidad, que está llamada en sí misma a la trascendencia. Y la argumentación es muy clara. Si la razón pierde la referencia a la realidad, cada quien queda a merced del propio arbitrio, y su condición de persona termina siendo valorada con criterios puramente pragmáticos, en orden a la utilidad. Al final el hombre acaba convenciéndose de que es la técnica la que debe dominar todas las cosas¹⁸.

En contraposición a este planteamiento, Juan Pablo II propone la “apertura de la razón”, la cual nos protege precisamente del dogmatismo, que consiste en pensar que nuestra percepción de la realidad agota la misma realidad. Además, el dogmatismo tiende a imponer a los demás el resultado de la propia percepción de la realidad. Este planteamiento se sitúa en las antípodas del realismo, cuya tesis fundamental es que “existe una realidad independiente del pensamiento”¹⁹. Es importante darse cuenta de que ser y pensar no son lo mismo, y la prioridad, en el caso de la persona humana, la tiene la realidad, de modo que es el pensamiento el que tiene que adecuarse a las cosas reales y no al revés²⁰. Y justamente, cuando no se respeta este orden entre la realidad y el pensamiento, el hombre se va haciendo incapaz de acceder a la realidad y de adecuarse a ella, de modo que se hace imposible alcanzar la verdad. Aquí es precisamente donde radica el problema del racionalismo, la cual, “dejando de orientar su investigación sobre el ser, ha concentrado la propia búsqueda sobre el conocimiento humano. En lugar de apoyarse sobre la capacidad que tiene el hombre para conocer la verdad, ha prefe-

17 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 5.

18 Cfr. *ibidem*.

19 J. J. Sanguinetti, *El conocimiento humano. Una perspectiva filosófica*, Palabra, Madrid, 2005, p. 23.

20 Cfr. *ibidem*.

rido destacar sus límites y condicionamientos”²¹. Esta perspectiva ha degenerado en filosofías que se declaran incapaces de conocer la realidad tal cual es, y que sin embargo defienden que la realidad se construye, y de algún modo se crea, a partir del propio pensamiento, que debe comenzar su proceso prescindiendo completamente de la realidad.

Como consecuencia de este planteamiento, señala *Fides et Ratio*, la perspectiva de la modernidad “ha derivado en varias formas de agnosticismo y de relativismo, que han llevado la investigación filosófica a perderse en las arenas movedizas de un escepticismo general”²². Nos encontramos ante un panorama nada alentador, que ha surgido gracias a la soberbia de no querer poner la razón en el lugar que le corresponde. Las corrientes filosóficas que tuvieron su origen en el racionalismo, que tiende a exaltar desmedidamente las capacidades de la razón natural, culminan en un escepticismo, que llega a desconfiar de tal modo de la razón, que proclama que ésta ya no es capaz de alcanzar la verdad. Nos encontramos ante un típico caso de la “ley del péndulo”: Una postura llevada al extremo da lugar a otra postura diametralmente opuesta, que es consecuencia de la primera.

El problema originado es entonces el escepticismo, que tiende a “infravalorar incluso las verdades que el hombre estaba seguro de haber alcanzado. La legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Este es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual”²³. En medio de este indiferentismo cultural y filosófico, no es extraño que alguna postura filosófica imponga su modo parcial de ver la realidad, para dar paso así a una especie de dictadura de lo parcial, y de lo relativo. Esto lo expresó magistralmente el cardenal Ratzinger cuando habló de la “dictadura del relativismo”.

El problema de estas posturas es que atentan contra la racionalidad, de modo análogo a como lo hacen los sistemas filosóficos provenientes de Oriente, en los que se sostiene que pueden ser igualmente válidas doctrinas que son contradictorias entre sí. Esta irracionalidad que ha claudicado de la lógica más elemental, ha dado a esos planteamientos un carácter ondulante, que han provocado como consecuencia “actitudes de difusa desconfianza respecto de los grandes

21 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 5.

22 *Ibidem*.

23 *Ibidem*.

recursos cognoscitivos del ser humano”²⁴. De este modo, al dejar de plantearse las cuestiones más radicales sobre el sentido y el fundamento último de la vida humana, personal y social²⁵, el hombre contemporáneo ha perdido “la esperanza de poder recibir de la filosofía respuestas definitivas a tales preguntas”²⁶.

La lamentable consecuencia de todo esto es que la filosofía ha desistido de su cometido más fundamental, ha dejado de plantearse lo que originalmente le dio la existencia. La razón ya no cree en sí misma, y por tanto está a merced de las modas filosóficas, de los planteamientos que parezcan más atractivos, aunque lo sean a costa de la verdad, y de la misma racionalidad.

En este contexto Juan Pablo II reivindica el papel de la filosofía en la época actual: “La filosofía, que tiene la gran responsabilidad de formar el pensamiento y la cultura por medio de la llamada continua a la búsqueda de lo verdadero, debe recuperar con fuerza su vocación originaria”²⁷.

En definitiva, el problema de no darle a la razón su justo valor, sea para rebajarlo que para sobrevalorarlo, es que esto lleva o bien a un escepticismo agnóstico que se declara incapaz de conocer la realidad, o bien a un racionalismo o idealismo utópico que se cree con la pretensión de imponer la realidad que capta la propia razón, de modo que la “razón fuerte” se imponga a la “razón débil”. Esta última tendencia sería como un neo gnosticismo en el que sólo algunos privilegiados tienen el derecho a imponer su “realidad” creada por su “brillante mente” a aquellos que no han recibido de la providencia o de la lotería genética las luces de los súper sabios, que brillan por muchas cosas, pero no precisamente por la humildad. En cambio, la postura de los agnósticos lleva al callejón sin salida de abandonar la búsqueda de la verdad por sí misma, adoptando así “como único objetivo el lograr la certeza subjetiva o la utilidad práctica. De aquí se desprende como consecuencia el ofuscamiento de la auténtica dignidad de la razón, que ya no es capaz de conocer lo verdadero y de buscar lo absoluto”²⁸. Ambas posturas son incapaces de dar a la razón su verdadero valor.

Sólo la racionalidad es capaz de dar a la razón el puesto que tiene en la comprensión del singularísimo universo en que nos encontramos. La racionalidad así entendida se presenta como la alternativa para construir una filosofía

24 *Ibidem*.

25 Cfr. *ibidem*.

26 *Ibidem*.

27 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 6.

28 Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, 47.

abierta a una realidad que nos supera. En este sentido, ha dicho Benedicto XVI en el discurso al Parlamento alemán del 22 de septiembre de 2011: el cristianismo “se ha referido a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho, se ha referido a la armonía entre razón objetiva y subjetiva, una armonía que, sin embargo, presupone que ambas esferas estén fundadas en la Razón creadora de Dios”. La razón humana tiene como fuente la razón creadora de Dios, que sí es una razón absoluta, porque no depende de nada, y hace depender de ella todas las cosas. Una razón que es la fuente de cualquier otra razón, y a la cual la razón humana debe someterse si quiere de verdad ser racional, esto es, ser fiel a sí misma. Esta racionalidad adecuada se opone, como dijo recientemente el papa Benedicto, a “la razón positivista, que se presenta de modo exclusivista y que no es capaz de percibir nada más que aquello que es funcional, se parece a los edificios de cemento armado sin ventanas, en los que logramos el clima y la luz por nosotros mismos, y sin querer recibir ya ambas cosas del gran mundo de Dios”²⁹.

La racionalidad así descrita nos permite pensar en clave de apertura al ser infinito, al ser trascendente, y descubrir así al autor de nuestra vida, al Dios amor, al Dios que no es una persona, sino comunión íntima de tres personas. Y por la parresía, la libertad de la fe, llegamos al Dios absolutamente dinámico, que no se parece en nada al Dios frío, distante y estático de los filósofos. Con la audacia de la razón llegaremos a un Dios que es acto puro y trascendente, la fuente del ser, aquel del cual salieron todos los seres, y al cual están todos destinados a volver.

BIBLIOGRAFÍA:

Aristóteles, *Metafísica*.

Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento alemán*, 22-9-2011.

Juan Pablo II, *Fides et Ratio*.

———, *Memoria e Identidad*, Planeta, Madrid, 2005.

Berkeley, G., *Tratado sobre los principios del conocimiento humana*, intr., vol. II, edición de Luce, A. A. – Jessop, T. E., *The Works of George Berkeley*, Bishop of Cloyne, Londres y Edinburgo, 1948-1956.

———, *Comentarios Filosóficos*, vol I.

29 Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento alemán*, 22-9-2011.

Kuhn, Th., *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, Madrid, 1975.

Pascal, B., *Pensamientos*.

Popper, K., *La Lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1985.

———, *Ensayos de filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1970.

Sanguineti, J. J., *El conocimiento humano. Una perspectiva filosófica*, Palabra, Madrid, 2005.

Spinoza, B., *Ética*.

http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=parresí